

POR UNA NUEVA GENERACIÓN POLÍTICA

*Hernando Llano Ángel**

Tenemos la fortuna de vivir en tiempos difíciles. De alguna manera, todos los que nos encontramos aquí reunidos, no obstante nuestras diferencias de edades, pertenecemos a una misma generación, políticamente hablando. Aquella generación que infructuosamente, desde mediados del siglo pasado, ha tratado de forjar una nación democrática.

De allí el extraño título que encabeza esta breve presentación de la Carrera de Ciencia Política: **“Por una nueva generación política”**. Pues generar esa nación democrática, dolorosamente lo sabemos y constatamos todos los días, continua demandado entre nosotros la vida, libertad y dignidad de muchas generaciones. Desde aquellas inmoladas por el odio fratricida entre facciones rojas y azules que, bajo supuestas banderas partidistas, ocultaron bien el hegemonismo excluyente de sus privilegios políticos, económicos, sociales, militares, culturales y religiosos.

Banderas empapadas de sangre e ignominia, que luego sirvieron para cubrir, con la complicidad del Frente Nacional, un statu quo sustentado en la violencia institucional del estado de sitio y en la violencia estructural de la exclusión social y económica. Como algunos de ustedes, crecí bajo ese ambiente terriblemente aséptico de la reconciliación nacional, que transmutó la política en un gran negociado, y terminó engendrando esos actores mutantes que hoy se disputan la escena nacional.

Actores cuyas identidades es casi imposible discernir, pues ellas se debaten entre los crímenes de guerra y de lesa humanidad, el narcotráfico y la defensa de un establecimiento que hoy, en forma irresponsable y eufórica, agita

* Abogado de la Universidad Santiago de Cali, Magíster en Estudios Políticos de la Pontificia Universidad Javeriana Bogotá, Magíster en Derecho Comunitario Europeo de la Universidad de Comillas de Madrid, Candidato a Doctor por la Universidad Complutense. Actualmente es Docente de la Carrera de Ciencia Política de la PUJ-Cali.

banderas de guerra, invocando de nuevo valores e instituciones democráticas que todavía no hemos sido capaces de construir entre todos y, por lo tanto, es de un cinismo criminal llamar a defender en lugar de forjarlas concertadamente, sin violencia y exclusión alguna.

Tal es, precisamente, el mayor desafío que hoy tenemos: contribuir entre todos a formarnos una identidad nacional democrática con su correspondiente Estado Social de Derecho y superar así el actual régimen electofáctico, bajo el cual pocos viven bien y muchos mueren mal. Un régimen que, en palabras de nuestro Nobel García Márquez, nos ha legado “una patria densa e indescifrable, donde lo inverosímil es la única medida de la realidad”.

Un régimen electofáctico es una especie política menor que pertenece al género mayor de los regímenes sincréticos. Aquellos regímenes que tratan de fusionar y conciliar, sin éxito alguno, realidades que se excluyen y repelen entre sí. Tal es el caso de pretender conjugar y articular elecciones con violencia, desconociendo el aserto irrefutable de Bryce, según el cual “la democracia es el modo de contar cabezas sin cortarlas”. En un régimen electofáctico dicho aforismo sufre un giro trágico y absurdo, pues la “democracia” se convierte en una forma de cortar cabezas sin poder contarlas.

El régimen electofáctico es, pues, aquel que bajo el manto discreto de elecciones, periódicamente realizadas, oculta poderes de facto que determinan sus resultados y condicionan así de manera sustancial la gestión y futuras decisiones de sus gobernantes. Pero no se crea que dicho régimen se configura sólo en aquellos municipios donde los alcaldes y concejales son rehenes políticos de organizaciones armadas ilegales. No. El régimen electofáctico se configura en todos aquellos eventos en los cuales los poderes de facto, sean ellos económicos, sociales, políticos, militares o incluso institucionales, prevalecen sobre los procedimientos propios de un Estado de derecho y convierten las instancias de deliberación pública y decisión democrática en una mera coartada para la realización de sus estrategias y proyectos específicos.

Por eso nuestro mayor desafío histórico es transformar dicho régimen y aportar al diseño de los cimientos de una gran Casa Democrática -que nunca

hemos tenido- en lugar de abrir nuevas trincheras o cavar más tumbas en este fértil, ancho y, en su mayor extensión, todavía ajeno campo colombiano. Justamente para contribuir a la construcción de esa generosa y amplia Casa Democrática, desde esta región, pero con proyección nacional e internacional, es que surge en la Pontificia Universidad Javeriana de Cali la Carrera de Ciencia política, como una opción de vida y compromiso para las nuevas generaciones empeñadas en generar y consolidar esa nueva nación democrática, acogedora y justa, donde por fin la heredad y la prosperidad sean dignamente compartidas.

Permítanme, por tanto, continuar con la metáfora de la Casa, para contarles como, desde la Carrera, con su ciclo básico de formación, durante seis semestres, y los cuatro de énfasis en Gobernabilidad Democrática e Integración en el Sistema Internacional, proyectamos unos valores y unas convicciones fundamentales para avanzar en esa dirección, no sólo en el terreno académico y teórico, sino sobre todo en el social e institucional.

Y la primera convicción que nos asiste, es que nos corresponde, en nuestra condición cotidiana de ciudadanos y ciudadanas, redescubrir y reinventar el poder político, porque este se encuentra en peligro de extinción en nuestra sociedad. En efecto, él ha venido siendo reducido y degradado a la brutal y vulgar expresión de una simple correlación de fuerzas militares entre bandos y bandas enfrentadas, que hoy tratan a través de la violencia y la barbarie de imponernos su voluntad. Por eso, en lugar de una esfera pública donde se expresan los conflictos y se tramitan civilizadamente con la mediación del Estado, lo que tenemos es una especie de esfera bélica que cada día gana más espacio. Es así como lo militar tiende a sustituir lo civil; la guerra a la política; la violencia a la palabra; los desplazados a los campesinos; los marginados a los ciudadanos; lo paraestatal a lo estatal y la muerte a la vida.

Sólo ahora que nos aproximamos vertiginosamente a ese punto cero de la política y tenemos frente a nosotros esa especie de agujero negro que devora a los pueblos y su memoria en el escenario de las guerras civiles, se nos impone el lento y doloroso aprendizaje del lenguaje de la convivencia social.

Ese lenguaje que habla el Padre Francisco de Roux, S.J, que no es otro que el lenguaje de la civilidad, la fraternidad y la dignidad. Un lenguaje y una semántica que muy pocas veces se aprende en los libros y las instituciones educativas, pues en la mayoría de las ocasiones ellas son rehenes de los intereses creados y celestinas de los mercaderes privilegiados.

Es el lenguaje del pueblo llano que, con la simpleza de la vida y la contundencia del dolor, empieza a llamar las cosas por su nombre. Entonces pierde el miedo y comienza a descubrir que el poder nace de la palabra y no de la violencia. Pues gracias a la palabra los humanos nos reconocemos, nos llamamos y nos comprendemos. Gracias a ella nos organizamos y cooperamos, formamos comunidad y eventualmente resolvemos nuestras diferencias.

La palabra, que nos sitúa en el mismo plano de igualdad, reconociéndonos como diferentes en la pluralidad de nuestros argumentos y sentires, crea esa maravilla llamada Polis. La palabra engendra la política. Con razón nos dice San Juan: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”. Y sin duda, como sociedad, nos encontramos en el principio. De alguna manera, sin mesianismo y con mucha responsabilidad ciudadana, tenemos que empezar a actuar como si fuéramos creadores y convertimos en nuestros propios salvadores. Pues la política es un asunto terrenal y no celestial. Empezar a redescubrir que la partida de nacimiento de la política es la palabra honrada y que su acta de defunción es la violencia arbitraria. Entonces afirmar sin ambages y temor que la violencia no genera legitimidad alguna y mucho menos autoridad política.

Pues tanto la legitimidad como la autoridad surgen, en nuestra época, del consentimiento y no del sometimiento. De la participación y no del miedo. Del compromiso y la responsabilidad personal con el destino común, en lugar de la delegación y enajenación de nuestro propio destino en manos de supuestos salvadores. Porque la violencia, abandonada a su propia lógica de aniquilación y exclusión, independientemente de la identidad de sus portadores y la bondad de sus propósitos, a la postre se revela --como nos lo demuestra con creces el siglo XX- impotente para engendrar ordenes políticos estables y duraderos.

Basta recordar los totalitarismos de izquierda y derecha, como todos los nacionalismos hegemónicos y excluyentes, sustentados en etnias o creencias religiosas y políticas, que han pretendido imponer la homogeneidad aterradora de la muerte y destruir la pluralidad creadora de la vida social y política. Nacionalismos que hoy representan, a nivel mundial, el dantesco espectáculo de pueblos sitiados y destruidos por el terror, como sucede en la misma cuna de quien predicara una política que sustituye el odio por el amor y la venganza por la reconciliación.

Por todo ello, hay que ser especialmente críticos y lúcidos frente al alcance de la violencia en los asuntos humanos y políticos, como lo advirtieron con inteligencia y valor dos pensadoras en el siglo pasado, no por casualidad de ascendencia judía, Simone Weil y Hannah Arendt. Al respecto, la primera de ellas, en su obra **“La Verdad y la Gracia”**, nos dice acerca de la violencia lo siguiente: “La ilusión constante de la revolución consiste en creer que las víctimas de la fuerza, por ser inocentes de las violencias que se producen, si se pone en sus manos la fuerza la manejarán con justicia. Pero -salvo las almas que están muy próximas a la santidad- las víctimas están manchadas por la fuerza de los verdugos.

El mal que está en la empuñadora de la espada se transmite por la punta. Y las víctimas, así colocadas en la cumbre y embriagadas por el cambio, hacen tanto mal o aun más y luego vuelven a caer rápidamente”.¹

Reflexión que, lamentablemente, en forma profética hoy se expresa de manera trágica en los cuerpos sin vida de israelíes y palestinos. Pero también en los cientos de miles de colombianos y colombianas que hoy mueren como víctimas y mañana resucitarán, en el odio y la venganza de sus descendientes biológicos e ideológicos, para asesinar como implacables verdugos bajo los falsos pretextos de la justicia o la autodefensa.

Ya es hora de aprender esa gran lección de vida y reconciliación que todos los días recibimos de numerosas comunidades populares organizadas, como las alentadas y coordinadas por el Padre de Roux en el Programa de Desarrollo y

¹ Citado por Coles Robert en “Simone Weil. Biografía de una peregrina del siglo XX”, pág 76, Gedisa Editorial, Barcelona, 1989.

Paz del Magdalena Medio y la pionera Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare en el Corregimiento de la India en Santander.

Lección que no hemos aprendido los ciudadanos, quizá porque en gran parte estamos a salvo del fuego cruzado y todavía no hemos sufrido los rigores de la guerra y la barbarie con la intensidad padecida en el campo. Y en lugar de aprender esas lecciones de coraje y poder civil, ejemplarmente encarnadas por proyectos como el del Pueblo Nasa, Premio Nacional de Paz del año 2000, que se erige hoy como un actor político y social autónomo frente a los diversos actores armados y violentos que asedian y diezman la población indígena, miles de ciudadanos claman un desesperado “No Más” e imploran que los saquen del conflicto.

!Cómo si fuera posible ponerse al margen del conflicto y salvar nuestra responsabilidad ética y política frente a la barbarie y el crimen! No !En lugar de esa cómoda indolencia, que hoy se expresa en neutralidad y mañana puede trocarse en complicidad con uno u otro de los actores armados en conflicto, deberíamos expresarnos solidaria y activamente como una fuerza de resistencia civil contra la barbarie y la violencia. Una fuerza civil empeñada en reconstruir la urdimbre de la justicia social que da fortaleza y consistencia al tejido de la vida social. Sólo así reafirmaremos la existencia del poder político y consolidaremos una auténtica autoridad democrática.

Porque es bueno recordar aquí, en estos tiempos en que la autoridad se invoca como un prodigioso talismán, la pertinente observación de Celso Lafer sobre la obra de Hannah Arendt, cuando nos recuerda que “autoridad, etimológicamente, proviene del latín. Deriva de *augere*, aumentar, acrecentar...”² por lo tanto recibe su reconocimiento y legitimidad en la medida que asegura la vida en comunidad y genera confianza en lugar de miedo y hostilidad, que es los propio del autoritarismo.

Por todo lo anterior, la segunda convicción que nos asiste en la Carrera frente a la formación y la práctica política, se expresa en el esfuerzo permanente por superar esas falsas dicotomías que la han desvirtuado y convertido en una

² Lafer Celso, “La reconstrucción de los derechos humanos. Un diálogo con el pensamiento de Hannah Arendt”, pág 234. Fondo de Cultura Económica, México 1991.

caricatura. Esa caricatura que el sentido común siempre asocia con los estereotipos de la mentira, la trampa y la corrupción, cuando no con una grotesca máscara que oculta los poderes reales de la plutocracia, el crimen o la arbitrariedad, todo ello bajo el falso ropaje de un poder civil democrático.

Al respecto, siguiendo a Albert Camus, consideramos que la dignidad de la política estriba más en los medios que utiliza que en los fines que promueve. De esta forma, nos comprometemos en la Carrera a propiciar la reconciliación de la política con la ética, más allá del dilema clásico planteado por Max Weber entre una ética de responsabilidad, siempre en compleja y difícil tensión, con las exigencias formuladas por una ética de convicción.

Desde esta perspectiva, propugnamos por la emergencia de la **“Poliética”**, según la afortunada expresión de Federico Mayor Zaragoza, ex-director de la Unesco. Y en el centro de ella, como energía dinamizadora, se encuentra la matriz del poder civil, fértil e inextinguible simiente de las nuevas instituciones políticas que precisamos, caracterizado así en forma insuperable por Hannah Arendt:

“El poder sólo es realidad donde palabra y acto no se han separado, donde las palabras no están vacías y los actos no son brutales, donde las palabras no se emplean para velar intenciones sino para descubrir realidades y los actos no se usan para violar y destruir sino para establecer relaciones y crear nuevas realidades.”³

Dimensiones del poder gravemente ausentes en los principales actores de nuestra vida política. Empezando por los institucionales, quienes más responsabilidad tienen frente a nosotros y suelen, por estos días postreros de gobierno y campañas electorales, pronunciar palabras más con el propósito de “velar intenciones que de descubrir realidades” y continuando con los actores armados y los ilegales, cuya mayoría de actos se ejecutan para “violiar y destruir” y excepcionalmente para “establecer relaciones y crear nuevas realidades”. Sin evadir nuestra enorme responsabilidad personal, al permitir con tanta frecuencia este divorcio antiético entre las palabras y las acciones en nuestra vida pública y privada. Divorcio que llevó al filósofo Ludwig

³ Arendt Hannah, La Condición Humana. Edit Paidós, Barcelona, 1993, pág 223.

Wittgenstein a decir, en forma tajante y concluyente: “la ética no se declara, se muestra”.

De allí que la **Poliética**, antes de aparecer como un ingenioso neologismo, sea un esfuerzo permanente por no disociar la política de la ética, entendida esta última como una expresión práctica, vital, pública y existencial que le confiere sentido y valor a las relaciones humanas, siempre y cuando las palabras no estén vacías de contenido y las acciones no vayan precedidas o acompañadas de la violencia.

La otra dimensión inherente a la **Poliética** es su apuesta decidida por asumir la práctica política como un ejercicio colectivo de libertad y autodeterminación, cuyos horizontes axiológicos están definidos por el pluralismo y su resistencia lúcida a cualquier tipo de determinismo, sea el hegemónico del mercado, el cautivante del comunitarismo o el siempre seductor relativismo pragmático del liberalismo.

Es claro que con esta actitud, tan crítica como prudente, poco se avanza por la senda de las utopías, pero al menos nos ponemos a salvo de certezas reduccionistas y nuevas idolatrías, que confían el destino de la humanidad a la supuesta mano invisible del mercado y al advenimiento de un Gobierno mundial, con riesgo mortal para la autodeterminación de los pueblos. Porque como bien nos lo advierte el teórico político israelí Yaron Ezrahi: “los poderes más arbitrarios de la historia siempre se escondieron bajo la pretensión de alguna lógica impersonal: Dios, las leyes de la naturaleza, las leyes del mercado -y siempre provocaron una reacción cuando las discrepancias moralmente intolerables llegaron a ser meridianamente visibles- Lo mismo podría ocurrir con la mundialización. Muchos la verán como poco más que una máscara utilizada por ciertas élites económicas para arrebatar la voz del ciudadano individual.”⁴

Justamente para evitar caer en la mercadología como en la mercadofobia, reacciones extremas a la llamada globalización, la Carrera de Ciencia Política ofrece el énfasis de Integración en el Sistema Internacional, teniendo claro

⁴ Citado por Vallespín Fernando, en su libro: “El futuro de la Política”. Editorial Taurus, 2000, Madrid. Pág 210.

que sólo podremos ser viables como Nación democrática cuando nuestra inserción en el orden internacional sea justa y competitiva, superando así el estigma del narcotráfico. Estigma que, más allá del maniqueísmo y la impostura del prohibicionismo, no es otra cosa que el predominio de las leyes de la oferta y la demanda en beneficio del capital financiero transnacional y la industria militar, guardianes incondicionales del actual caos internacional, que ahora se proyecta bajo espejismos como la desterritorialización de la política y la lucha contra el terrorismo.

Afortunadamente frente a estas nuevas idolatrías, irrumpen en muchos rincones de nuestra patria auténticos archipiélagos de poder político-social. De un nuevo poder político, un poder político telúrico, fuertemente arraigado a la tierra y a tradiciones centenarias de resistencia cultural, como el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio, coordinado por nuestro invitado de honor, el Padre Francisco de Roux, justamente reconocido con el Premio Nacional de Paz el año pasado. También están las comunidades indígenas de los U'Was, paeces y guambianos, para citar las más conocidas. A ellas se suman las expresiones de poder ciudadano en municipios como Mogotes, Caldono, Bolívar y Coconuco, que reafirman con admirable valor civil su independencia y autonomía frente a todos los actores armados.

En nuestra región, vale la pena destacar el Proyecto Nasa, de la comunidad Paez y la Ruta Pacífica de las Mujeres, ganadora del premio “Milenium 2000 Trabajadoras por la paz”, otorgado por las Naciones Unidas, Unifem y Alerta Internacional. Todos los anteriores ejemplos son expresiones, unas más logradas y consolidadas que otras, de un poder político forjado entre muchos mediante el libre ejercicio de la palabra y su proyección transformadora en acciones colectivas de paz y justicia social.

Un poder político que sólo surge y se ejerce cuando se restituye a las palabras la dignidad pública que otorga la confianza colectiva y no se las prostituye y malgasta en el lenguaje sibilino de los intereses personales, corporativos y de clase. Cuando el Foro de la Política es capaz de contener y ordenar el apetito desbordado de las leyes del mercado y controlar las manos muy visibles de sus beneficiarios.

Pero para que todo lo anterior ocurra entre nosotros, requerimos con urgencia nuevas instituciones políticas a nivel local, regional y nacional, pues de lo contrario ese disperso y germinal poder político ciudadano, comunitario y telúrico, puede ser arrasado por las actuales dinámicas de guerra y polarización social. Para contrarrestar tan nefasto escenario de neo-feudalización del poder político, que ha venido fragmentando la nación en territorios bajo el control de bandas armadas ilegales, la Carrera de Ciencia Política ofrece el énfasis en Gobernabilidad Democrática.

Con dicho énfasis, pretendemos contribuir al diseño y la construcción de esas nuevas instituciones democráticas, pero sobre todo a la renovación de las prácticas políticas vigentes, forjando así nuevos liderazgos colectivos que liberen para siempre a la política de la fina red del clientelismo y los personalismos, que hoy se manifiesta en la existencia legal de más de sesenta “partidos y movimientos políticos”, que diluyen por completo la gobernabilidad y la democracia en nuestro país.

Por todo lo anterior, tenemos la certeza que solo superando el actual escenario de devastación y degradación, la política podrá volver a ser entre nosotros la semántica de la vida y no la gramática de la muerte, como hasta ahora la mayoría de colombianos y colombianas la han conocido, padecido y comprensiblemente repudiado. De cada uno de nosotros depende que cumpla una u otra función. Que contribuyamos a la semántica de la vida con nuestras firmes convicciones democráticas y decidida responsabilidad social. O, por el contrario, profundicemos la gramática de la muerte contemporizando con la violencia, independientemente de su signo, y los aberrantes privilegios sociales existentes. Para evitar esto último, es urgente que conjugemos el verbo poder en primera persona del plural: **nosotros podemos**, como la más eficaz estrategia creadora de vida y justicia social para contener los avances destructores de la violencia fratricida.

Una violencia que arrasa todos los días con vidas y sueños de nuestro pueblo, sacrificando a sus mejores líderes, como en el caso de Monseñor Isaías Duarte Cancino, profeta de libertad y justicia social. Para todos aquellos que han sido víctimas de esa violencia proteica, en ocasiones desde la derecha y en otras desde la izquierda, un sentido reconocimiento y homenaje, pues su ejemplo

debe ser fuente de inspiración, generosidad y creatividad política, en lugar de trocarse en venganza y gritos de guerra.

También mi reconocimiento y gratitud a las directivas de la Universidad - Padre Joaquín Sánchez; Jairo Cifuentes y Esteban Ocampo- por su apoyo incondicional en esta difícil e incierta empresa de devolverle a la política el rigor, la dignidad y el sentido social que reclama con urgencia nuestro pueblo.

Al aliento sostenido de los Padres Javier -González y Sanín-, pues gracias al impulso que le brindaron a la Maestría en Estudios Políticos, confiada en su inicio a la acertada dirección de la Doctora Adriana Delgado, la Universidad asume hoy con madurez, confianza y competencia la nueva Carrera de Ciencia Política.

En particular, mi admirado reconocimiento al equipo de colegas que en forma entusiasta trabajó, bajo la coordinación de Fernando Giraldo y la indeclinable constancia de Diana Britto, en el diseño del Plan de Estudio de la Carrera, porque gracias a ellos tenemos una alternativa de formación profesional para pensar y construir, con las nuevas generaciones, un país justo y democrático al alcance de todos. Pero, sobre todo, gracias al valioso grupo de estudiantes que nos han acompañado durante estos dos primeros semestres de la Carrera - y a la confianza brindada por sus padres- porque nos han devuelto la certeza en el presente y el futuro de la Política en nuestro país.

Es hora, pues, de tomar la palabra y expresarla en acciones concertadas de vida, justicia y paz. Ese es el reto de todos nosotros, pero en especial de los futuros politólogos y politólogas de nuestro país y el Sur-Occidente colombiano.